

Luis M^a García Domínguez, SJ

El libro del discípulo

El acompañamiento espiritual

editorial 
SAL TERRAE

Ediciones  Mensajero

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra dicha propiedad (arts. 270 y s. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Imprimatur:

✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
25-01-2011

Diseño de cubierta:
María Pérez-Aguilera
mariap.aguilera@gmail.com

© Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, PARCELA 14-i
39600 Maliaño (Cantabria)
Apartado 77 – 39080 Santander
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es
ISBN: 978-84-293-1910-1

© Ediciones Mensajero, S.A.U.
Sancho de Azpeitia, 2, Bilbao
Apartado 73 – 48014 Bilbao
E-mail: mensajero@mensajero.com
www.mensajero.com
ISBN: 978-84-271-3198-9

Depósito Legal:
Impreso en España. Printed in Spain

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. Basauri (Vizcaya)

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	11
I. Qué es el acompañamiento espiritual	15
1. Qué es el acompañamiento espiritual	18
<i>Tipos de acompañamiento</i>	24
2. Empezar un acompañamiento	27
3. La relación de acompañamiento	32
<i>Perfiles distintos</i>	35
II. De qué hablar en la entrevista	41
1. Los primeros encuentros	41
2. La vida cristiana: escuchar y responder a Dios	46
<i>La respuesta cristiana</i>	54
3. La propia historia y persona	57
<i>Persona, imagen, motivaciones</i>	60
<i>Trabajos y actividades</i>	64
<i>Familia, grupo cristiano, comunidad</i>	67
4. Sexualidad y afectividad	70
5. Conflictos de todo tipo	74

III. Discernir la vocación	81
1. Dios nos llama a todos	82
2. Discernir la propia vocación	85
3. Condiciones básicas para una vocación consagrada	90
4. Señales de una vocación	96
5. Vivir la vocación	101
<i>Resistencias y decisión</i>	106
6. Cuándo hacer un discernimiento vocacional ..	108
IV. Cómo hablar. El desarrollo de la entrevista .	115
1. Dificultades en la entrevista	115
<i>La incertidumbre</i>	116
<i>El silencio</i>	118
<i>Hablar demasiado</i>	123
<i>Dificultades en la relación</i>	126
2. Actitudes del «discípulo» en el acompañamiento	130
<i>Para una comunicación más significativa</i>	134
3. Preparar la entrevista	138
<i>Antes de la entrevista</i>	138
<i>Durante la entrevista</i>	140
<i>El diálogo en la entrevista</i>	142
<i>Después de la entrevista</i>	145
V. Practicar lo hablado en la entrevista	149
1. Practicar la vida cristiana	149
<i>Instrumentos</i>	156
2. Discernir cada día	162
<i>Discernir la oración</i>	162

	<i>Discernir la vida</i>	166
	<i>Discernir lo bueno</i>	170
3.	Tomar decisiones	174
	<i>Disposiciones para elegir</i>	177
	<i>Disponerse espiritualmente</i>	180
	<i>Tres procedimientos para elegir</i>	183
4.	Terminar el acompañamiento	191
 <i>Epílogo:</i>		
	<i>Dios nos acompaña en nuestra vida espiritual</i> ...	195
	Dios nos acompaña	195
	La vida espiritual como camino	197
	El mundo interior	200
	 <i>Referencia de las obras citadas</i>	 205

Presentación

Este libro trata sobre el acompañamiento espiritual y está dirigido especialmente a las personas que buscan o que quizá ya tienen ese tipo de relación espiritual. Pretende exponer qué es, en qué consiste este diálogo espiritual entre dos personas y cómo se pueden aprovechar lo mejor posible las conversaciones y la relación de acompañamiento.

El contenido del libro sigue las cuestiones que suele plantearse una persona que desea ser acompañada espiritualmente. En primer lugar, se indica (en el *Capítulo I*) qué se entiende por acompañamiento espiritual, en qué consiste esa práctica tan antigua en la Iglesia, qué objetivos pretende y qué medios utiliza. Luego se señalan (en el *Capítulo II*) los distintos temas de conversación que pueden ocupar el diálogo de acompañamiento, con el fin de tener una referencia de las distintas áreas que antes o después conviene examinar en el diálogo espiritual. Además (en el *Capítulo III*) se proporcionan claves para abordar el discernimiento de la propia vocación, una cuestión que muy frecuentemente conviene abordar en el

acompañamiento. Se trata de esa llamada particular que Dios nos hace, esa invitación a elegir un estado de vida o a ser fieles a la vocación ya elegida; en dicho capítulo se señalan algunos criterios para comprender una posible vocación sacerdotal o religiosa.

Los temas señalados para el diálogo de acompañamiento se pueden tratar de muchas maneras, y por eso se añaden algunas orientaciones para preparar las entrevistas y para desarrollarlas con más provecho (*Capítulo IV*). Posteriormente se hacen varias sugerencias para llevar a la vida cotidiana las cosas tratadas en la conversación, para discernir por nosotros mismos en la vida cotidiana y, en definitiva, para comprometernos con nuestra vida cristiana según nuestra propia vocación (*Capítulo V*). En las páginas finales del breve *Epílogo* se apuntan algunos fundamentos del enfoque que se da en este libro al acompañamiento espiritual y a la vida espiritual, que toma muchos de sus conceptos de una antigua tradición cristiana llena de sabiduría, aunque los releemos hoy con categorías mentales actuales.

Estas páginas están pensadas y escritas para el *discípulo*¹, para quien empieza o prosigue un itinerario espiritual con la ayuda de otra persona y que, de alguna manera, se pone en sus manos con el deseo de ser guiado para acertar mejor con su camino. Por eso el libro se escribe en un tono llano y directo, sin introducir todos los matices en las afirmaciones que se

1. *Discípulo* y *discípula*. Utilizaremos indistintamente el masculino o el femenino para referirnos tanto a acompañantes como a acompañados y acompañadas; es claro que tanto varones como mujeres pueden desempeñar ambos papeles.

ofrecen, con el fin de no dificultar el diálogo intelectual del lector o la lectora con la visión central que se propone; se ha optado por la claridad, más que por la precisión matizada y sutil. Por lo mismo, y para no distraer al lector, no se incluyen notas bibliográficas sobre la dirección espiritual, aunque subyacen numerosas lecturas a la síntesis que aquí se presenta. Sólo se hacen algunas alusiones a la Sagrada Escritura y al Concilio Vaticano II, aunque se citan también textos concretos de san Ignacio de Loyola y de santa Teresa de Jesús. Y ello porque el primero inspira en mucha medida el enfoque del acompañamiento espiritual que aquí se presenta; y porque la santa de Ávila, además de ofrecer una perspectiva de mujer, puede ser un prototipo genial de una experiencia espiritual culminada, entrelazada de trabajos y gozos y narrada con una fuerza existencial quizá inigualable.

El libro quisiera animar a buscar un acompañamiento espiritual a todas las personas interesadas en su crecimiento personal y que no tienen ese tipo de diálogo espiritual, tal vez por falta de iniciación, por desconfianza, por recelo, por timidez o por dejación; y todo ello desde el convencimiento de que un poco de acompañamiento espiritual puede ayudar mucho a cualquier persona de buena voluntad que quiera seguir a Jesucristo con ilusión. Este escrito también desea ayudar a quienes tienen ya alguna forma de dirección espiritual y desean sacar todo el fruto posible de esa relación. Pero estas páginas son solo una ayuda y remiten necesariamente a cada discípulo y discípula a la relación personal con su acompañante espiritual, quien podrá proponer la palabra más precisa, aclarar los conceptos dudosos, aplicar la mejor peda-

gogía y acomodar lo que aquí se dice o se omite; pues el acompañamiento espiritual es un camino vivo que no se puede suplir con libros.

* * *

Desde hace años, dedico bastante tiempo a acompañar espiritualmente a otras personas, en distintas modalidades. Ciertamente, tengo mucha confianza en ese instrumento pastoral que es el acompañamiento espiritual, tan antiguo y tan usado dentro y fuera de la Iglesia. He de decir que desde muy joven he experimentado los beneficios del acompañamiento sobre toda mi persona; también durante mi formación religiosa y sacerdotal recibí una atención muy personalizada, basada en la escucha, el respeto, la propuesta, el discernimiento evangélico y la mirada al mundo. Quizá de esta experiencia, que otra gente también ha tenido, me viene la seguridad de que merece la pena beneficiarse del acompañamiento espiritual por algún tiempo en la vida.

Personalmente, me siento profundamente agradecido a las personas que me han acompañado espiritualmente a lo largo de mi vida por su atención y por su aportación a mi crecimiento humano y espiritual. Y agradezco también, a las personas que me han pedido que les acompañase espiritualmente, la confianza que han depositado en mi persona y en mi ministerio. De unos y de otros he aprendido todo lo que está escrito en este libro.

I

Qué es el acompañamiento espiritual

En este capítulo se trata de responder a la pregunta de qué es el acompañamiento espiritual y cómo se inscribe este diálogo entre dos personas en el conjunto de la vida espiritual cristiana que cada uno de nosotros está invitado a vivir por sí mismo.

Los creyentes tenemos la convicción profunda de que Dios nos conoce, nos mira, nos escucha, nos atiende, está cerca de nosotros, nos espera tras nuestros titubeos¹. Esta seguridad es fruto de nuestra fe y, a la vez, alimenta la confianza que sentimos al saber-nos profundamente acompañados. Este sentimiento nos hace mejores y nos mueve a mirar a los demás como hermanos, a orar con confianza y a ponernos con libertad delante de ese Dios que conoce nuestros más íntimos pensamientos y los sentimientos de nuestro corazón: «Tú me sondeas y me conoces»².

1. Tal es la experiencia de santa Teresa: «Sea bendito por siempre, pues tanto me esperó»: TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, Prólogo 2; en *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2000⁵. (En algunas citas de esta obra actualizamos ligeramente la ortografía original, para facilidad del lector).

2. Salmo 139,1.

Pero el Dios con el que nos relacionamos con esta confianza es mucho más que un interlocutor importante en nuestra vida, pues, como dice san Pablo, «en Él vivimos y nos movemos y existimos»³. Somos creados por Dios como fruto de su amor, y por ese mismo amor estamos llamados a retornar a Él a través de un camino espiritual que implica toda nuestra vida y nuestra persona. Un camino que recorreremos, por así decirlo, en nuestra vida espiritual, pero no entendida como vida inmaterial, sino como existencia histórica, concretamente relacionada con personas y objetos, con circunstancias y sentimientos, hecha de realidades y fantasías, de expectativas y logros, de frustraciones y fracasos. Y así, una relación con Dios que se establece necesariamente en medio de esas manifestaciones de la vida, y con todas sus ambivalencias, será un tema central en nuestro acompañamiento espiritual.

El acompañamiento espiritual tan solo pretende ayudarnos en ese camino de retorno al Padre. Por eso podemos entender esa relación espiritual como una *relación triangular* en la que no están presentes solo dos interlocutores (el acompañante y el acompañado), sino que siempre hay un tercero, que es Dios, el cual siempre ilumina y mueve al acompañante, que discierne lo que debe decir de parte de Dios; y, por supuesto, Dios siempre mueve a la persona acompañada a buscar y aplicar las mociones espirituales que siente dentro de sí. La relación es triangular, porque Dios inspira por igual a ambos interlocutores y porque el Espíritu está siempre presente en el proceso espiritual que se acompaña⁴.

3. Hechos de los Apóstoles 17,28.

Desde esta perspectiva, aquí entendemos frecuentemente nuestra relación con Dios como un *camino* que se recorre, como un itinerario espiritual. Aunque existen otras muchas figuras posibles para expresar esta relación⁵, en las páginas siguientes acudiremos reiteradamente a la metáfora del camino, porque es una imagen que facilita la llamada a nuestra iniciativa, a la búsqueda personal mediante el discernimiento, a nuestra responsabilidad, a la necesidad de tomar decisiones cada día para elegir la dirección de nuestra existencia. Pues el acompañamiento espiritual cristiano no nos exime del ejercicio adulto de nuestra libertad.

De este modo, el acompañamiento espiritual se sitúa en la intersección de un sentimiento y una evidencia: por un lado, el deseo sincero de buscar personalmente el camino espiritual que Dios quiere que recorramos cada día; y, por otro, la convicción comprobada de nuestra pobreza, ya que es mucho más difícil acertar en el camino cuando vamos solos, de modo que la ayuda respetuosa de un guía facilita nuestra búsqueda.

-
4. También el acompañante debe atender a esa presencia de Dios, porque es Él quien se comunica directamente a cada persona: IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* (edición de Cándido de Dalmasas), Sal Terrae, Santander 2004, n. 15.
 5. Imágenes de fondo bíblico que iluminan la relación con Dios son, entre otras muchas, las de llamada, escucha, alianza, conversión, servicio, sabiduría, seguimiento, imitación, ascenso, crecimiento, maduración, amistad, etc.

1. Qué es el acompañamiento espiritual

Lo que hoy se suele llamar «acompañamiento espiritual» ha tenido y tiene *muchos nombres*. Una expresión muy frecuente en el último siglo es la de «dirección espiritual», pero también podemos escuchar y leer otras expresiones, como «diálogo pastoral», «diálogo o coloquio espiritual», «dirección de conciencia», «guía», «encuentro de ayuda espiritual», «relación de ayuda»... y otras muchas. Cada expresión subraya algún aspecto específico, pero para nuestra consideración ahora mismo no importa tanto el nombre que le adjudiquemos, sino lo que sucede en esas conversaciones. Lo que en estas páginas se entiende por *acompañamiento espiritual* es una relación continuada entre dos personas en la que una de ellas, mediante frecuentes conversaciones, ayuda a la otra a buscar y realizar la voluntad de Dios según su vocación particular, buscada mediante el discernimiento espiritual, con el empleo de distintos recursos verbales y de otros instrumentos pastorales. Esta breve definición puede entenderse mejor si detallamos alguno de sus elementos, mirando las cosas desde el punto de vista de los que somos acompañados; lo hacemos a continuación.

El acompañamiento individual establece una *relación interpersonal* entre dos personas; se apoya en una serie de conversaciones, más o menos frecuentes y periódicas, en las que nosotros hablamos y la otra persona (varón o mujer) nos escucha, en las que comunicamos aquello que nos inquieta, nos alegra o nos desorienta de cara a nuestra vida cristiana. En el acompañamiento, buscamos ser comprendidos y que

nos ayuden a comprendernos; buscamos explicarnos y que nos confirmen si estamos acertados o equivocados; buscamos orientación, aunque no deseamos soluciones hechas. Por eso nos sinceramos con nuestro acompañante, sin esperar que él nos corresponda con sus propias confidencias o nos hable de sus preocupaciones. Por lo tanto, la conversación que se produce en el acompañamiento no es una conversación común entre iguales o entre amigos; la confianza que se genera es grande, aunque no es propiamente de ida y vuelta. Se trata, por tanto, de una relación cercana, pero asimétrica.

Otro rasgo del acompañamiento es que en él pretendemos *buscar y hallar la voluntad de Dios*, para luego llevarla a la práctica. Cada cristiano busca a Dios en lo secreto de su oración y en la cotidianidad de su vida; pero el acompañamiento nos ayuda a descubrir sus señales, a recordar su lenguaje ordinario y habitual, a interpretar sus signos y a reconocer también nuestras resistencias. Aunque Dios se comunica de muchas maneras, la oración es considerada como una forma universal y privilegiada de experiencia de Dios, por lo que iniciar en la oración y ayudar a discernirla suele ser una tarea habitual de todo acompañamiento. Por eso se supone que la persona que nos acompaña tiene alguna experiencia personal de Dios, porque de lo contrario no podría enseñarnos ni entender del todo alguna de nuestras vivencias; pero tampoco es necesario que haya vivido y conocido exactamente todas las situaciones que nosotros experimentamos. Tampoco Jesús era romano, publicano ni pescador, pero entendió muy bien a centuriones, a recaudadores y a pescadores de Galilea.

Del acompañante pretendemos, sobre todo, que nos ofrezca un poco de luz para el camino, y no tanto que nos aporte soluciones muy pensadas; sin recibir la seguridad que proporciona a corto plazo un acompañante más directivo, parece mejor que, como acompañados, empleemos con frecuencia nuestra *iniciativa personal*, aun a riesgo de equivocarnos. Pues en el acompañamiento debemos ir más allá de nuestra inseguridad timorata o de nuestra autonomía rebelde, para buscar decididamente la respuesta honrada a nuestra inquietud cristiana; y esa respuesta siempre será personal, como es personal la palabra que Dios dirige a cada corazón humano. Esa llamada y esa respuesta personales piden, en muchos momentos, que se emplee el discernimiento espiritual para buscar y hallar la voluntad divina. Ciertamente, un buen acompañamiento fomenta el discernimiento personal en la vida; pero ese discernimiento, para ser completo, necesita el contraste con otra persona espiritual⁶. De este modo, en el diálogo de acompañamiento hay lugar para el discernimiento, pero también para la instrucción, la orientación y la confirmación del camino.

Lo que principalmente busca el acompañamiento es la voluntad de Dios para cada uno. Pero puede haber también *otros fines intermedios* y otros efectos derivados de aquel objetivo principal que resultan también convenientes. Por ejemplo, tenemos que sa-

6. Pues con solo el propio criterio (o con malos consejeros) se pueden perpetuar los errores: «duré en esta ceguera creo más de diecisiete años, hasta que un Padre dominico, gran letrado, me desengañó en cosas»: TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 5,3.

ber serenarnos anímicamente antes de practicar la oración; o tenemos que conocernos mínimamente antes de luchar contra nuestros defectos; por lo cual, saber serenar el espíritu y aprender a conocerse un poco pueden ser objetivos parciales que se proponga un acompañamiento espiritual durante un cierto tiempo, para alcanzar otros objetivos importantes.

Otros fines parciales del acompañamiento pueden ser mucho más instrumentales; por ejemplo, el acompañante de un estudiante puede proponerle (y proponerse) que estudie más seriamente, que colabore durante unas horas a la semana en algún voluntariado o que se lleve mejor con su hermano menor. También el acompañamiento de una religiosa puede buscar que acepte mejor su actual misión (que se desarrolla en un colegio en Europa, aunque ella querría ir a un dispensario en África), o que se integre mejor en su comunidad. El acompañante de un profesional casado puede pretender durante un tiempo que armonice mejor su vida de trabajo y su atención a la familia. Y así sucesivamente. Pero todos estos, y muchos otros posibles, son solo objetivos parciales del acompañamiento, aunque parezcan necesarios; y, de hecho, hay que asumirlos y plantearlos como importantes, considerando siempre el fin último de cada acompañamiento. Pues tener muchos fines intermedios no garantiza la búsqueda de un objetivo final, mientras que un fin claro sí puede servir para articular distintos objetivos intermedios.

A esa luz sí es posible, y puede ser muy sensato, que nosotros como personas acompañadas, y nuestros acompañantes con nosotros, nos propongamos algunas de estas tareas a modo de etapas necesarias

de nuestra respuesta a Dios. Dichas tareas se pueden formular en cuatro o cinco grupos de *finés parciales*. Un fin del acompañamiento es que nos conozcamos como personas y que conozcamos el mundo en el que vivimos, por lo que un cierto nivel de introspección y de análisis de la realidad que nos rodea parece necesario para nuestra vida espiritual. Otro fin del acompañamiento, en segundo lugar, es la aceptación realista y madura de nuestra forma de ser y de nuestra historia personal, así como de las circunstancias históricas y existenciales que nos toca vivir en el presente; además de conocerse, también es importante aceptarse. Y este trabajo de la aceptación propia puede resultar difícil, pero resulta importante para establecer el diálogo evangélico con el Dios que se dirige a nosotros; aunque, por otra parte, el evangelio mismo puede ser un motivo para una mejor aceptación propia, a la luz de la Palabra de Dios.

En tercer lugar, nuestro acompañante nos puede que señalar, cuando sea necesario, cuáles son las verdaderas actitudes cristianas ante determinadas situaciones, cuáles son algunas implicaciones morales y prácticas de nuestra vida creyente; y nos ha de concretar cómo se manifiesta en nuestras circunstancias particulares una vida teológica de fe, de esperanza y de caridad. Pero sabiendo que no hace falta conocerse y aceptarse perfectamente para poder conocer y vivir el evangelio. La fe nos propone unos valores muchas veces contrarios a los valores sociales vigentes e incluso distintos de los criterios del sentido común. Pero, una vez aceptados por nosotros esos valores, el acompañamiento se puede proponer un cuarto objetivo, que es el de ayudarnos a cambiar personalmente

a la luz de esos valores. El evangelio pretende cambiar al que lo acoge, pues es una semilla que tiene en sí misma una fuerza intrínseca de crecimiento⁷.

Todavía podemos añadir brevemente otra característica del acompañamiento espiritual cristiano, y es que ese diálogo de ayuda que buscamos se produce *dentro de la Iglesia*, que es donde nace y crece nuestra fe, y habitualmente se orienta en referencia a sus parámetros doctrinales y morales; es lógico que el acompañante se mantenga en fidelidad a esa comunidad de sentido, aunque, como personas acompañadas, a veces percibimos a la Iglesia a la vez como visible e invisible, santa y pecadora, humana y divina, expresión y velo de la presencia de Dios en este mundo⁸. Ciertamente, como acompañados nos podemos sentir más o menos cómodos dentro de esa Iglesia concreta (universal y local) a la que pertenecemos; pero deberíamos al menos mantener el beneficio de la duda, en el sentido de desear, juntamente con nuestro acompañante, encontrar al Dios en quien tantos han creído y respondido de tantas formas diferentes dentro de la Iglesia⁹.

7. Según Marcos 4,26-29.

8. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, n. 8; *Sacrosantum Concilium*, n. 2.

9. «Creyendo que entre Cristo nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige [...], porque por el mismo Espíritu y señor nuestro que dio los diez mandamientos es regida y gobernada nuestra santa Madre Iglesia»: IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n. 365.

Tipos de acompañamiento

Hay distintos tipos de acompañamiento, porque puede variar su duración, el orden de los objetivos propuestos, el método que inspira la entrevista, los recursos empleados y otras muchas variables. Respecto a la *duración*, ya hemos aludido a los encuentros esporádicos que se emplean para consultas puntuales sin intención de continuar. Pero, generalmente, la relación de acompañamiento espiritual se establece para un período de tiempo determinado (unos meses, un curso académico, un año natural o un período formativo), pues es preferible establecer un acuerdo temporal que se puede revisar posteriormente, antes que dejar el compromiso en un acuerdo absolutamente abierto y sin una fecha final.

Por otra parte, podemos hablar de tres tipos principales de acompañamiento espiritual por el enfoque global que adoptan tanto el acompañante como el acompañado. Simplificando estas perspectivas, derivadas de las ciencias humanas, podemos ver, en primer lugar, que hay un enfoque más *centrado en los temas*, donde el asunto o problema planteado se analiza de modo más o menos racional y espiritual, buscando las soluciones posibles. Se trata de un acompañamiento orientado a facilitar la resolución de un problema más o menos duradero o de una situación compleja, como puede ser tomar una decisión con criterios cristianos sobre unos estudios universitarios o un trabajo estable; elegir el propio estado de vida; o la mejor solución a una crisis matrimonial. Hay otras personas que buscan en el acompañamiento una ayuda para afrontar aspectos muy antropológicos, como

puede ser una baja autoestima, una dificultad grande para las relaciones, una etapa de tono un tanto depresivo, algún problema persistente de raíz afectiva o sexual... Todos estos ejemplos parecen mostrar un enfoque centrado en el problema, de modo que el acompañamiento termina cuando el problema queda solucionado o, al menos, un tanto encauzado.

Otras veces, el acompañamiento no está orientado propiamente a solucionar un problema, sino a iniciar o a consolidar una vida espiritual, por lo que el acompañante se propone una pedagogía de la interioridad, inicia a métodos distintos de oración o enseña a practicar la *lectio divina*. También aquí existe un tema (iniciarse en la experiencia espiritual) que centra el trabajo de los interlocutores y sus encuentros.

Pero existe un segundo tipo de acompañamiento que está más bien *centrado en la persona*, por cuanto los temas planteados en la entrevista pierden pronto su protagonismo, y el interés se va centrando paulatinamente en la persona misma que plantea las cuestiones, y ya no en sus problemas. El acompañante, en este caso, procura fortalecer la capacidad de hacer frente a los conflictos desde las potencialidades que tiene en sí misma la persona, recursos quizá dormidos. La fuerza de este tipo de acompañamiento consiste en responsabilizar a la persona de la solución de sus problemas, y crear las condiciones favorables para que esa persona confíe adecuadamente en sí misma. El acompañado, generalmente, adquiere esa confianza poco a poco al sentirse escuchado, acogido, respetado y dejado a su libre iniciativa. Este tipo de acompañamiento puede terminar cuando la persona se sienta suficientemente fuerte, comprenda que

puede hacer frente a la vida por sí misma y quizá ya no necesite continuar con los encuentros.

En tercer lugar, podríamos hablar de un acompañamiento más bien *centrado en el proceso espiritual* que recorre el acompañado; en este enfoque, no son propiamente los temas los que centran el trabajo del acompañamiento, ni siquiera la seguridad personal y las capacidades de la persona en cuanto tal, sino que, teniendo en cuenta los problemas y a la persona concreta, el acompañante se fija más en la meta hacia la que tal persona concreta es llamada, atiende a la vocación a que debe responder, mira al crecimiento continuo en Cristo... Y, mirando a aquella meta, entiende y señala con más seguridad el trecho de camino que en ese momento el acompañado debe recorrer. Por lo tanto, se entienden los distintos problemas que surjan como piezas de ese proceso, y el sujeto puede hacerles frente con más o menos facilidad, pero siempre buscando seguir en el camino comenzado del servicio divino. Lo importante es recorrer bien esta parte del camino, que apunta a una meta determinada. Esta perspectiva puede apoyarse en itinerarios espirituales conocidos que el sujeto incorpora en su espiritualidad, como puede ser el camino evangélico del discípulo, un recorrido espiritual inspirado en el ciclo litúrgico o un itinerario espiritual de alguna tradición espiritual formulada en clave de ciclos, semanas, moradas o subidas.

Aunque estos tres modelos de acompañamiento son visiones un tanto simplificadas, y cada uno de los modelos puede integrar elementos de los otros dos, lo cierto es que esta mirada puede ayudarnos, como personas acompañadas, a entender algo mejor cómo

queremos situaros en el acompañamiento: si planteando diversas cuestiones, fortaleciendo nuestras personas o afrontando los retos de nuestro largo camino cristiano. Aunque todo es beneficioso, el acento de nuestro interés condicionará el tipo de acompañamiento que llevemos y sus efectos.

2. Empezar un acompañamiento

El acompañamiento suele surgir a partir de alguna conversación con otra persona que entiende la vida desde una óptica semejante a la nuestra; pues ayuda mucho a un creyente tratar con otros creyentes para ayudarse mutuamente a vivir cada uno su fe¹⁰. Y esas conversaciones pueden surgir en muy distintos contextos; de hecho, la Iglesia ofrece muchos espacios donde podemos encontrar a una persona que nos escuche, nos comprenda y nos proporcione alguna luz en nuestro camino cristiano. Después de la familia, para algunos *la parroquia* es el ámbito natural de crecimiento de su fe y donde encuentran a una persona con la que tener un diálogo pastoral orientador en algún momento de su vida. Puede ser el sacerdote, el catequista de confirmación, el monitor del grupo juvenil, la religiosa que dirige algunas actividades... A veces, ese diálogo pastoral surge a partir de un encuentro casual, de la preparación de una actividad, de una reunión de grupo especialmente significativa o de la celebración sacramental

10. «Porque andan ya las cosas del servicio de Dios tan flacas, que es menester hacerse espaldas unos a otros lo que le sirven para ir adelante»: TERESA DE JESÚS, *Libro de la Vida*, 7,22.